

CAPITULO LXXII.

De necesidad virtud.

CEMEROSO el venerable caudillo de que aprovechasen su ausencia los rebeldes, de que se acercasen al fuerte de la Concepcion y sobornasen á sus soldados, no quiso ir hasta Santo Domingo; se quedó en el fuerte, y envió un emisario para que noticiase á Colon el resultado de su viaje.

No esperaba ciertamente el almirante, después de las promesas que Carvajal en nombre de Roldan le habia hecho, aquella contestacion arrogante é insidiosa.

Reunió á sus hermanos, y formó parte de aquel cónclave de familia Antonio Colon, que admiraba tanto á su sobrino, y que tan dispuesto estaba á sacrificar su vida por él.

—Yo creo, dijo Antonio, porque no conocia la verdadera situacion en que estaban, que en vez de negociar con ellos debiamos salir por distintos lados los cuatro á perseguirlos para acabar de una vez con ellos.

—Esa medida puede ser funesta, dijo Diego

—Si por mí fuera, dijo Bartolomé, yo solo saldria á combatirlos, seguro de vencerlos; pero la prudencia aconseja agotar todos los recursos ántes de emplear la fuerza.

—Tal es mi opinion, dijo el almirante; somos extranjeros y han tenido muy buen cuidado de decírnoslo. Aunque hemos conseguido triunfos que han dado gloria á nuestro nom-

bre, no quieren reconocer el mérito que con ellos hemos contraido, y solo ven en nosotros hijos de una nacion extraña, que han alcanzado la protección de los reyes.

Esto es bastante para que no haya uno solo de entre los que están á nuestras órdenes que no sea nuestro enemigo.

Obligados por mi rigidez á no cometer ninguna clase de desmanes, á no satisfacer sus brutales instintos, ven en la compañía de los rebeldes la satisfaccion de todos sus deseos: libertad, independenciam, el triunfo del vicio, el goce del botin.

Unidos todos, pueden más tarde probar que se han sublevado contra nosotros, y hacer que nuestros enemigos en España, premien sus actos como una noble y enérgica protesta contra nuestra autoridad.

Dios sabe lo que habrán hecho á estas fechas mis adversarios para sacar partido del castigo que dí al miserable Briuesca en el momento de ir á darme á la vela; Dios sabe si aquel acto de justa indignacion habrá sido presentado á los reyes como una prueba de mi tiranía. Tacto, prudencia, humildad, si es preciso: esta debe ser nuestra bandera.

—Pero á su sombra, repuso Antonio, crecen las familias de los sediciosos, merma tu autoridad, y puede ser fatal esta conducta.

—Voy á convencerlos, dijo el almirante, de que no son leales todos los que están á mis órdenes. El mismo Ojeda, cuya espada es una de las mejores de mi ejército, desea volver á España, y esto prueba que no puede contener á los suyos. Pero no desconfío únicamente de las tropas que guarnecen la fortaleza; desconfío de los mismos soldados, de los mismos colonos de Santo Domingo y la Isabela.

Llamó á uno de sus capitanes.

—Convocad á todos los soldados, le dijo; llamad á los colonos que puedan sustentar las armas, y anunciadles que vamos á partir á perseguir á los rebeldes.

—¿Qué intentas? preguntó Bartolomé.

—Convencerme y convencernos de que con la fuerza no puede lograrse nada.

El capitán trasmitió las órdenes del almirante, y al día siguiente fué á decir á Colon que no podía contar más que con sesenta hombres.

—¿Y los demás? le preguntó.

—Los demás, señor, alegan mil excusas: unos pretenden que están enfermos; otros que tienen parientes en la facción y que no creen justo ir á luchar con ellos.

—¡Sesenta hombres nada más! exclamó con amargura.

—Y de estos tendreis que rebajar la mitad, porque si aun no han hallado pretexto para eximirse de prestar servicios, lo encontrarán más tarde.

—Bien está; id á esperar mis órdenes.

Y volviéndose á sus hermanos:

—Ya lo veis, les dijo; vivimos sobre un volcan; la traición nos rodea. Es necesario transigir.

Por lo pronto resolvió que partieran los buques, y fijó el día 18 de Octubre para que salieran del puerto.

Colon escribió á los soberanos una larga carta, que se conserva en los archivos, dándoles cuenta de la rebelion, del perdón que les habia ofrecido y de los atentados que temia.

Anunciábales asimismo que Roldan deseaba que apareciese su desobediencia más que como un desacato, como producto de una protesta contra él y el adelantado.

Colon no podía ser juez imparcial, y rogaba á los reyes que enviaran orden á Roldan para que fuese á España á ser juzgado por sus majestades despues de oír á Alonso Sanchez Carvajal como amigo de los rebeldes, y á Miguel Ballester como hombre bueno, por decirlo así, de la autoridad legítima.

Todos aquellos sucesos los atribuía á su larga permanencia

en España, y á fin de que no se repitieran en lo sucesivo, suplicaba á los reyes que miraran con atención los negocios de Indias, enviasen con regularidad buques cargados con provisiones, y demostrasen á los colonos que á pesar de la distancia no se les olvidaba.

Tenia que sincerarse del castigo que habia dado á Briviesca en los momentos de partir, y consagraba algunas líneas á referir la verdad, y á implorar de los reyes justicia, previniéndoles contra las asechanzas de sus enemigos.

Tanto para la conversion de los indios, como para contener á los colonos, necesitaba que se aumentara el número de los eclesiásticos, y pedía á los reyes enviaran nuevos misioneros á la colonia.

Asimismo les suplicaba que nombrasen un funcionario muy entendido en leyes, para que, con arreglo á las que regian en la metrópoli, pudiese juzgar á los que faltasen á ellas en la colonia.

Por el mismo correo en que partió la carta, comunicó á los reyes el viaje que acababa de hacer, y envió muestras preciosísimas del oro que habia adquirido y de las perlas que habia hallado en el Golfo de Pária.

Roldan supo por sus amigos de Santo Domingo la partida de los buques, y envió cartas á Fonseca justificando su rebelion, acusando al almirante y á sus hermanos de actos tiránicos é injustos, y manifestando que si delinquia estaba pronto á sufrir el castigo; pero que moriria tranquilo, porque al obrar como habia obrado, solo habia sido obedeciendo al sentimiento del deber, solo habia escuchado el grito de su conciencia, que le decia que no debia permitir los abusos que cometian los jefes de la colonia, con los que desacreditaban á España y hacian inútiles los sacrificios que habia costado la conquista de aquel territorio.

Las cartas de unó y otro partieron en los buques con casi todas las personas inútiles y perjudiciales que había en la colonia.

Cada viaje de estos llevaba á España nuevos haces de leña para la hoguera que los enemigos de Colon atizaban, sin más objeto que destruir en ella su gloria, manchar su reputacion y fomentar la ingratitud, para pagar con ella los beneficios que habia dispensado à España aquel grande hombre.

CAPITULO LXXIII.

Donde se ve cómo juega la maldad con la buena fe.



MIENTRAS que los rebeldes entregaban á los enemigos del almirante aquellas nuevas armas para que destruyesen el pedestal de su gloria, tenia que verse el ilustre Colon obligado á soportar, ya casi en el ocaso de su vida, sinsabores horribles, que hubieran acabado con una naturaleza ménos vigorosa que la suya.

Pero la fuerza de voluntad le ayudaba á sufrir aquellas contrariedades, y no es extraño que andando el tiempo haya pensado la Iglesia en canonizar à aquel hombre sublime.

Los tormentos que soportó con asombrosa resignacion y energía, las humillaciones que tuvo que devorar al lado de ejemplar paciencia, de su bondad inalterable, bastan para justificar el honroso galardón que á su memoria quiere la Iglesia otorgarle en nuestra época.

Los rebeldes querian entenderse con Carvajal, y la mayor parte de los hidalgos y capitanes que rodeaban al almirante le aconsejaban que no le confiase aquella mision, porque negociaria más en favor de los sediciosos que en favor de la legitimidad.

Acusábanle de haber llegado con los buques á la costa de Xaragua, y de haber admitido à bordo durante dos dias á Roldan y los suyos, dándoles provisiones de toda clase y armas.

Añadian á esta acusacion la de haber permanecido algun tiempo entre los rebeldes sin que éstos le hubieran maltratado.

Por el contrario, le habian colmado de atenciones y le habian acompañado hasta cerca de Santo Domingo.

Colon habia observado atentamente á Carvajal, y no tenia motivo alguno para dudar de su fidelidad.

Desoyendo los consejos de sus amigos resolvió confiarle la mision de negociar la paz con los rebeldes, y encargando al veterano Miguel Ballester que le acompañase, envió á Roldan una carta sumamente afectuosa, ofreciéndole completo olvido del pasado, y seguridad personal para él y sus secuales.

Poco despues de haber salido los dos embajadores á desempeñar su encargo, llegó una carta, fechada tres dias ántes en Bonaó por los insurrectos Roldan, Mogica, Diego de Escobar y Pedro de Gomez.

Vindicábanse en ella de la acusacion de rebeldía de que eran objeto, y se presentaban como dignos de premio por haberse opuesto á la tiranía del adelantado, y al mismo tiempo por haber evitado que los que se habian ido con ellos hubieran asesinado á don Bartolomé, puesto que habian abrigado con tenacidad este propósito, del cual habian logrado disuadirlos.

No dudó el almirante, en vista de estas declaraciones, que la reconciliacion se verificaria en breve, cuando tuviesen noticia de la carta amistosa que les habia dirigido, participándoles los medios de llegar á una pronta y honrosa avenencia con ellos.

Pero contrastaba con el espíritu de la carta la arrogancia que manifestaron al leer la de Colon en presencia de Carvajal y Ballester.

Los buenos oficios de los dos leales servidores del almirante inclinaron á Roldan y á dos ó tres rebeldes á ponerse en camino para ir á ver al almirante.

Hicieron los preparativos necesarios para la expedicion que proyectaban, y ya iban á montar á caballo cuando los insurrectos, yendo á su encuentro, rodándole y oponiéndose con súplicas y con amenazas á su partida, inutilizaron los esfuerzos que habian hecho Carvajal y Ballester.

Pensaban los soldados que sus jefes alcanzarían el perdon, y lo que es más, serian premiados y favorecidos.

Pero desconfiaban de que se extendiese á ellos la munificencia del almirante, y aun cuando esto sucediese, comparaban la vida que entónces hacian independiente y libre, llena de goces y desenfrenos, con la que les impondría el almirante; vida que seria peor que la de los demas soldados y colonos, porque les vigilaría muy de cerca, temeroso de que volvieran á insurreccionarse.

Ante este temor preferian los azares de la lucha al perdon y al olvido.

Para aplacarlos Roldan, que deseaba á toda costa poner término á aquella vida anómala, y separarse de unos hombres que se habian envalentonado demasiado, y podian muy fácilmente convertirle en su primera víctima:

—Yo iré á ver á Colon, dijo á los emisarios delante de los rebeldes. Pero ántes de partir necesito que me envíe un salvoconducto firmado y sellado por él, prometiéndome mi seguridad personal y la de mis compañeros.

Ballester trasmitió esta proposicion al almirante, y se permitió aconsejarle que accediese á ella.

Colon siguió el consejo.

Poco despues recibió Roldan el salvoconducto que deseaba, y llegó á Santo Domingo, donde celebró con el almirante una

CAPILLA ALFONSO
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 U. A. M. I.

conferencia dolorosa para el ilustre hombre, que bajo la imperiosa ley de la necesidad tenia que humillarse, á pesar de ser tan grande, ante aquel hombre tan mezquino y repugnante, que sólo explotando las malas pasiones de sus pervertidos compañeros habia podido adquirir la influencia de que gozaba.

Colon siguió el consejo.

Cada dia que pasaba sin lograr la rendicion de los rebeldes aumentaba el martirio de su corazon.

Perdía el tiempo en estériles negociaciones.

El temor de una lucha con sus propios hermanos le aterraba; pero al mismo tiempo deseaba volver al Golfo de Pária para proseguir los descubrimientos que con tan buen éxito habia empezado, descubrimientos que debian alcanzarle de nuevo la admiracion de Europa y facilitarle los medios de recuperar la influencia que habia perdido en el ánimo de los soberanos de España.

Por eso accedió á todas las condiciones que le imponia Roldan.

Pero no satisfecho aquel ingrato y fementido hombre, pretextando que queria consultar con los suyos su resolucion, volvió al seno de los rebeldes y se mostró desde entónces más arrogante que nunca.

Envió su contestacion desde el cuartel general, y fijó al almirante el plazo de ocho dias para que contestase á sus condiciones.

Eran tan irritantes las que exigia, que Colon, en vez de darle la contestacion que pedia, mandó fijar una proclama en los puestos de la fortaleza de la Concepcion ofreciendo amnistía á Roldan y á sus compañeros con tal de que se sometieran á su autoridad en el término de un mes, en cuyo caso á los que tal hiciesen les facilitaria el pasaje para España y se les darian provisiones.

Los que no se presentaren en aquel plazo, serian perseguidos y caeria sobre ellos el rigor de la ley.

Carvajal se encargó de llevar una copia de esta orden á Roldan.

Al ir en su buque le encontró sitiando el fuerte de Santo Domingo.

Para apoderarse de él habia tomado todas las sendas por donde los defensores de la fortaleza iban á buscar agua, y se proponia condenarles á morir de sed, si no querian entregarle la fortaleza y formar parte de sus filas.

Carvajal le disuadió de su intento, y no tuvo que trabajar poco para lograr apaciguar á aquellos malvados.

Todos se mofaban de la proclama y decian únicamente:

—Antes de un mes tendrá Colon que pedirnos á nosotros que le perdonemos.

Consiguíó, sin embargo, Carvajal que Roldan redactase las bases de una capitulacion.

En ellas exigia el permiso para embarcarse con sus compañeros en el puerto de Xaragua en dos buques que pondria el almirante á sus órdenes, bien provistos y armados.

Exigia ademas á Colon que diese á cada uno de sus secuaces un certificado de su buen comportamiento y una orden para que les abonasen las pagas que habian devengado, premiándoles sus buenos servicios, con el derecho de llevar uno ó más esclavos, ó en cambio á las mujeres indias á quienes habian seducido, y de las que tenian hijos ó estaban próximos á tenerlos.

Para que resolviese el almirante, le daba de término ocho dias.

Colon pasó por aquella nueva humillacion.

Pero no era bastante.

Uno de los buques que envió á la costa de Xaragua para

que tomase á bordo á los rebeldes, sufrió grandes averías en el camino, y no llegó en los términos fijados.

Los rebeldes se arrepintieron de la promesa que habian hecho, pretextaron que los barcos estaban en mala disposicion para emprender el viaje, y se negaron por completo à partir.

Entónces fué cuando Roldan comprendió que le era ya imposible sujetar á aquellos hombres feroces, y aparentando acceder á sus deseos, cuando Carvajal dispuso que las carabelas volviesen á Santo Domingo, y se decidió á ir por tierra á la colonia, quiso acompañarle, y en medio del camino le obligó á detenerse.

Solos los dos, y á la sombra de un árbol, hablaron largamente.

—Si el almirante quiere enviarme un salvoconducto escrito de su puño y letra para mi seguridad personal y la de mis caudillos iré á verle, y os prometo que terminaré nuestras disidencias de una manera digna, porque esta vida me causa ya y deseo deshacerme de mis mismos amigos.

Convinieron en que Roldan esperaria á Carvajal para saber la resolucion del almirante, y no tardó en volver con el salvoconducto que pedia y una carta amistosa, exhortándole de nuevo á la reconciliacion.

Al mismo tiempo rogó à las personas más influyentes de la colonia para que escribiesen en igual sentido á Roldan.

Ya parecian próximas á arreglarse las diferencias; ya iba á tocar el fruto el ilustre marino de su conducta bondadosa; ya acariciaba la esperanza de poder consagrarse á sus nuevas exploraciones, cuando llegó un buque de España con comunicaciones de los reyes que le afigieron en extremo.

La carta estaba escrita de orden de los soberanos por el obispo Fonseca, y con glacial lenguaje le daban á entender que no se ignoraba en la corte el triste estado de la colonia,

y que habiendo motivos para pensar que le cansaban su conducta y la de sus hermanos, se hallaban los reyes resueltos á enterarse por sí propios de todo lo que ocurría, para poner pronto remedio á aquellos males é imponer el castigo á los que lo mereciesen.

Esta helada respüesta á las urgentes peticiones que habia dirigido en sus últimos mensajes, le demostraron que sus enemigos ganaban terreno, y cayó en un profundo abatimiento.

Mayores consecuencias debia tener esta contéstacion, tan poco meditada, en las negociaciones que tenia pendientes.